

I

EL APODO del tren era el *Perro Amarillo*, y su nombre real el *Yazoo-Delta*. Era un mixto. La fecha, el 10 de septiembre de 1923, por la tarde. Laura McRaven, de nueve años, hacía su primer viaje sola. Iba desde Jackson a visitar a la familia de su madre, los Fairchild, en su plantación, Shellmound, de Fairchilds (Mississippi). Cuando llegase, saldrían todos corriendo y diciendo: «Pobre Laura, pobre Laura, sin madre», porque su madre había muerto aquel invierno y a ella no la habían visto desde el funeral. Su padre la había acompañado hasta Yazoo City y la había dejado en el *Perro*. Su prima Dabney Fairchild, que tenía diecisiete años, iba a casarse, pero Laura no podría asistir a la boda porque su madre había muerto. De todos estos hechos, el más persistente en la mente de Laura era el más íntimo: que tenía nueve años.

Las ventanillas del vagón estaban abiertas y sujetas con astillas de la leña. La brisa que penetraba por ellas, cá-

lida y después fresca, tenía la fragancia de los bosques, de las flores amarillas y del propio tren. Mariposas amarillas entraban y salían, y de vez en cuando una de ellas se ponía al paso del tren, que parecía estar echando una carreta con una mariposa. En el techo, una lámpara negra con un adorno circular de flores colgada de una cadena se balanceaba en redondo con el bamboleo del vagón y enviaba ráfagas de olor a queroseno. Era casi seguro que el *Perro* llegaría a Fairchilds antes de que la encendiese Terry Black, el revisor, que había prometido al padre de Laura cuidar de ella. La pequeña iba sentada frente a la estufa, pero, por supuesto, ésta estaba apagada. Medio asomada a la ventana, la luz y el aire sembrado de hollín trataban de hacerle cerrar los ojos. Llevaba el billete para Fairchilds sujeto en su sombrero de paja Madge Evans, imitando al viajante del otro lado del pasillo. Una vez, el *Perro* se detuvo en medio del campo y Laura vio al maquinista, el señor Doolittle, aparsearse y coger una «vara de oro» particularmente bonita; para quién, no podía saberlo. Después, el largo grito de septiembre se alzó de las mil cigarras invisibles y penetró, apremiante, por las ventanillas abiertas.

En algún lugar, un perro de granja con manchas blancas y rojizas corrió junto al *Perro Amarillo* un buen rato, justo bajo la ventanilla de Laura, dando secos ladridos hasta que lo dejaron atrás, o él se volvió. Y después, como si una mano barriese la colina y todos los árboles del mundo, dejando sólo campos de algodón, empezó el Delta. El viajante se hundió en su asiento con un gruñido. Terry Black vino y cogió los billetes de los sombreros. Laura sacó el plátano que le quedaba, lo peló y le dio un mordisco. Su cabeza se vació de pensamientos y la

llenó el paisaje. En el Delta, la mayor parte del mundo parecía ser cielo. Las nubes eran grandes, más que los caballos o las casas, más que los barcos, las iglesias o las desmotadoras, más que todo si exceptuamos los campos que cultivaban los Fairchild. Con la nariz hundida en la piel del plátano como en el cáliz de una azucena, Laura contempló el Delta. El terreno era perfectamente llano y nivelado, pero vibraba como el ala de una libélula. Parecía un instrumento que alguien acababa de rasguear. A veces, en medio del algodón había árboles con apenas una, dos o tres ramas; ella podía dibujarlos mucho mejores. Otras, como una oruga velluda frente al algodón, había una línea ondulada de gruesos, tupidos y verdes sauces y cipreses, y cuando el tren cruzaba ese verdor, rodando sobre un estruendoso puente de hierro, en su centro, como una mancha dorada en el lomo de la oruga, había en ocasiones un brazo de río pantanoso, un *bayou*.

A medida que transcurría el día fue cayendo sobre el algodón una luz rosácea. Laura sacó el brazo por la ventanilla y dejó que lo salpicase el hollín. Apareció una mula negra a la luz diamantina de la lejanía, entrando en esa luz; un chiquillo volvía a casa en una mula negra, y tras él el camino oculto entre los campos se delataba por el levantamiento de una estela de polvo. Los buitres del Delta, que parecían girar tan grandes y tan altos como el sol, con el atardecer iban descendiendo también e instalándose en lejanos muñones de árbol violáceos para pasar la noche.

En el Delta, los crepúsculos eran una orgía de rojo. El sol descendía espléndido como una rosa en su tallo por el oeste, y el horizonte tenía allí un borde de un blanco lechoso, como espuma de mar. El cielo, el campo, el pequeño camino y el río, todo lo que había sido claro u os-

curo, era ahora de un solo color. Desde el cálido alféizar de la ventanilla, los campos interminables relucían como un hogar encendido; Laura, al mirar afuera apoyada en los codos y con la cabeza entre las manos, sentía lo que siente el que llega a otro país, un lento y fuerte golpeteo en el pecho.

—¡Fairchilds, Fairchilds!

Terry Black bajó la maleta que el padre de Laura había puesto en la rejilla. El *Perro* atravesó un puente de hierro sobre el *bayou* de James y pasó frente a una larga desmotadora, iluminada por el crepúsculo y cuyo costado metálico parecía a primera vista un lago azul, y frente a un andén de carga donde las balas de algodón estaban tan cercanas que parecían asomarse a ver el tren. Detrás, de un dorado oscuro y sombrío, estaba el río, el Yazoo. Llegaron a la estación, del mismo amarillo oscuro de la vara de oro, y se detuvieron. Por las ventanillas, Laura pudo ver a cinco o seis primos a la vez, todos dando saltos arriba y abajo pero nunca a compás. Cada melena de pelo claro ondeaba como una banderola festiva, de modo que uno veía Fairchilds por todas partes, a pesar de la mucha gente que había acudido a esperar el tren y que preguntaba a Terry cómo le había ido desde el día anterior. Cuando Terry la dejó en los peldaños de hierro sosteniendo su pequeña maleta cuadrada —en la que iba su muñeco Marmion— y le dio un azote cariñoso, Laura titubeó, y fue bajada a tierra entre brazos que se alzaban.

—¡Besa a Bluet!

Y le pusieron al niño en la cara.

La besaron, se rieron de ella y le hubieran hecho pedazos el sombrero de no ser por el elástico que lo hacía volver a su sitio; y después se la llevaron medio a cuestas,

como a un borracho en una fiesta, sin que pudiese reconocer muy bien quién era cada uno. India no había venido —«No pudimos encontrarla»— y tampoco Dabney, que iba a casarse. La acomodaron en el Studebaker, en el pequeño asiento plegable, con Ranny metiéndole trozos de naranja en la boca desde su asiento, a su espalda. ¿Dónde andarían sus maletas? Cruzaron con estruendo el puente sobre el Yazoo y recorrieron la calle en sombra y con olor a río donde el pueblo, incluida la tienda de los Fairchild, parecía una fila de oscuros graneros, mientras los chicos cantaban *Abdul the Bulbul Amir* o gritaban «¡Que conduzca Bluet!» y pasaban al pequeño por encima de la cabeza de Laura para ponerlo de pie, lleno de orgullo, entre las rodillas de Orrin. Orrin tenía catorce años y era un conductor maravilloso. Recorrieron la calle arriba y abajo tres veces, y dieron marcha atrás hacia los algodones para cambiar de dirección y volver a cruzar el puente, camino de casa.

—Por ahí se va a Marmion —dijo muy amable Orrin a Laura, y señaló un viejo camino que no cruzaba el río, sino que lo seguía, dos rodadas rojizas en la franja de sombra de los árboles.

—Marmion es mi muñeco —dijo Laura.

—No, es donde nací yo —replicó Orrin.

Era inútil que Laura y Orrin siguieran hablando de lo que algo era o no era. A ese lado del río estaban la desmotadora y la prensa para hacer las balas, la vía del tren, el cementerio entre árboles donde estaba enterrada su madre, en la parcela de los Fairchild; la vieja iglesia metódista, con la campana de barco que daba un brillo rosáceo a la luz, y Brunswicktown, donde vivían los negros, que en aquel momento fumaban a la puerta de sus casas.

Después, el coche viajó en medio de una nube de polvo, como un ser ciego, cruzando campos uno tras otro como si fuesen todos el mismo, pero Laura sabía que tenían nombre, el Campo del Túmulo, y el Campo de la Luna, después del lago del mismo nombre. Al llegar a la casa del capataz, Laura vio cómo todos sus primos se asomaban y escupían, y los imitó.

—Creía que a todos os gustaba el señor Bascom —dijo cuando pasaron.

—El señor Bascom ya no está, tonta. ¿Verdad, Bluet? Ya no es el señor Bascom.

Después, el coche cruzó el pequeño puente del *bayou*, cuyo ruidoso ritmo recordaba bien Laura, y llegaron a Shellmound*. Frente al *bayou* de James, allá lejos, bajo el bosquecillo de pacanas, se alzaba reluciendo suavemente a la luz del final del verano lo más hermoso de la tarde: la alta, blanca y amplia casa de madera con su porche alrededor, su torre a un lado, sus ventanas de cristales velados abiertas y con las cortinas moviéndose, e incluso desde allí podía oírse claramente una canción que procedía de la sala de música, tocada al piano por alguien extraño para Laura. Dieron una curva para acercarse a la cancela; mientras lo hacían, los primos fueron saltando del coche entre gritos, agarraron un balón del suelo y lo lanzaron como un cohete. Junto a la cochera que había enfrente de la casa, sacaron a Laura del coche y la tomaron de la mano. Era Shelley, la hija mayor. Laura no sabía si había ido en el coche con ellos o no. Shelley seguía llevando el pelo largo, con raya en medio y una cinta en

* *Shellmound*: montón de conchas, huesos, etcétera, que suele denotar un yacimiento prehistórico. (*N. del T.*)

la frente anudada atrás, como para una carrera de carros. Ahora llevaba también una estilográfica colgada de una cadena y sus iniciales escritas con tinta en los zapatos de tenis, sobre los huesos del tobillo. Dentro de la casa, cesó de pronto la pieza.

—¡Shelley! —gritó alguien, implorante.

—Dabney es lo más loco que hay en la tierra —dijo Shelley, y echó a correr, seguida por Bluet, que golpeaba quejumbrosamente con una pala un tambor encontrado en la hierba. Todos desaparecieron como por ensalmo y Laura se encontró sola.

La hierba, que crecía suave y elástica porque aquello era el campo, acariciaba sus piernas y las escarapelas de sus ligas. En el estrecho paseo que corría a lo largo de la fachada de la casa, sobre el que pendían lirios color limón, los ruidos se aquietaban y se desvanecían. Todavía no había oscurecido. El cielo tenía un color violeta, y la luna, de un blanco de nieve, aún no había empezado a brillar. Donde pendía sobre el depósito de agua, detrás de la casa, las golondrinas se atareaban en círculos como el girar de una peonza. Junto a los escalones de la fachada, un zorzal soltaba gorgoritos desde el olivo, que estaba en flor; aún había luz suficiente para apreciar su pecho y las florecillas blancas. Con la fragancia y la canción, Laura lo recordó todo. Miró escalones arriba hacia el porche, donde en la puerta de tela metálica había una voluta de madera que su dedo podía dibujar en el aire, y alzó los ojos hasta el viejo montante en abanico, que ahora reflejaba una luz como la de aquel otro verano, cuando la desafiaron —¡fue Maureen!— a darle una pedrada, y no lo hizo.

Laura dejó caer la maleta en la hierba, corrió al patio trasero y se encaramó de un salto, junto a dos de los chicos, en el columpio. Cayó entre Roy y Little Battle, y se diría que eran las delicias que esperaba lo que la hacía subir y bajar de aquel modo.

Recordaba —como uno recuerda ante todo los ojos de una persona querida— el viejo refrigerador de agua azul del porche trasero —¡qué sed tenía siempre allí!—, entre mesas de madera redondas y cuadradas, siempre con montones de judías verdes, grelos y cebollas del viaje diario a Greenwood; mientras se bebía no se quitaba ojo a aquel lugar verde del patio trasero, con el columpio, el descuidado invernadero, las gallinas de Guinea de la tía Ellen en la vieja calesa y la pared del establo medio tapada por una enredadera. Y sabía que en el salón había un taburete en forma de trébol cubierto de terciopelo rosa donde podría sentarse y puertas correderas que daban a la sala de música y que podría abrir y cerrar. En los pasillos olería a los dulces que estaban cocinando, y en el escritorio de tapa corredera sonaría un teléfono que nadie contestaba. Y recordaba sobre todo el comedor: los cuadros pintados por la tía abuela Mashula, ya fallecida, de rosas amarillas abiertas y una sandía calada hasta el corazón por un cuchillo; las placas ornamentales en torno a la barandilla, todas diferentes por haber sido pintadas por tías distintas en diversas épocas; la gran mesa que nunca quitaban del todo, y los innumerables mazos de viejísimas cartas. Recordaba las muñecas de papel de India, que salían todavía más aplastadas de los libros de derecho que las suyas de la caja de zapatos, y que olían como si se hubiesen chamuscado. Recordaba a los negros, Bitsy, Roxie, Little Uncle y Vi'let. Extendió los brazos

como alas y notó en sus dedos el dibujo de rosas rojas que había en la alfombra de la escalera y pudo oír las llamadas y respuestas a gritos que subían y bajaban por ella. Pensó en el vestíbulo de arriba, donde siempre era crepúsculo gracias a la pantalla verde de un toldo, y donde una vieja pelota de béisbol pasaba todo el verano en una bandeja de plata encima del escritorio de la plantación, atiborrado de papeles, y en cómo a cada extremo del pasillo había un balcón, y las pequeñas mariposas cuadradas que volaban tan alto pasaban junto a él, y los insectos de junio se golpeaban contra sus cristales. Recordó los porches llenos de gente que dormía hasta muy tarde, y donde siempre había algún extraño cuando India la llevaba allí y se los enseñaba. Recordaba muy bien la pelusa de algodón en los techos y en las pantallas de las lámparas, nueva cada mañana como un regalo de las hadas y que hacía quejarse a Vi'let.

Little Battle la empujó un poco al saltar, y tuvo que descender ligeramente por la tabla. Podían jugar interminablemente al escondite con tantas habitaciones por pasillos que se entrecruzaban y se convertían en porches sin salida y cuartos llenos de begonias y «orejas de elefante» o atiborrados de baúles. Recordaba las noches, las enredaderas, los jazmines del Cabo siempre florecidos, la verbena que olía bajo los pies al correr, el trasnochar de los que bailaban. Había un vértigo creciente en la cabeza de Laura, y ahora fue Roy quien la empujó, pero ella saltó encima, siguiendo el ritmo. Recordaba cómo continuaba la vida en las demás habitaciones, no sabía cuántas, en torno a ella y a India cuando estaban en la cama, pues la vida no se detenía ni un momento por deferencia hacia los niños que se iban a acostar, sino que estaba lle-

na de risas trasnochadoras, con el tío Battle recitando «*Break! Break! Break!*», el teléfono dando sus dos timbrazos largos y uno corto para los Fairchild, la tía Mac leyendo en voz alta la Biblia (¿habría muerto ya?), los plantadores de visita discutiendo con el tío Battle y su otro tío, George, desde el comedor a la biblioteca y de allí al porche, la tía Ellen que pasaba por el corredor buscando algo o a alguien y el lejano y argentino crujido de la mecedora del porche que de noche sonaba como el croar de una rana. El pequeño Ranny gritaría en sueños, y oirían dar cuerda a la Victrola y después una canción llamada *Ojalá pudiese bailar el «shimmy» como mi hermana Kate*, o la favorita del tío Pinck (¿dónde estará ahora?), Sir Harry Lauder cantando *Deja ya de hacerme cosquillas*. Las chicas que eran lo bastante mayores, vestidas de unos colores que se llamaban jade y flamingo, bailaban entre sí en torno a la mesa del comedor hasta que los chicos iban a sacarlas, y podían verlas desde el descansillo divirtiéndose abajo, como maravillosas sirenas en el fondo de un mar transparente.

En la cama, Laura e India mataban mosquitos y se contaban cosas. El verano pasado, India le había contado a Laura que había venido el barco-teatro con la marea alta y el mismo Pata de Conejo, que imitaba a los negros, como siempre, y Laura le contó a India *Niños en el bosque*, Thurston el Mago, Annette Kellerman en *La hija de los dioses* y Clara Kimball Young en *Tambores de amenza*; y si Laura se dormía, India era capaz de estrangularla. Recordaba el ladrar de los perros de noche, y cómo Roy creía que cuando uno los oía ladrar era que un preso se había escapado de Parchman y lo perseguían por los pantanos. Los perros ladraban todas las noches, y Roy

estaba acostado en algún lugar de la casa temblando en su cama.

Precisamente entonces, con un último movimiento por la tabla del columpio, Roy echó a Laura, que volvió corriendo a los escalones y recogió su maleta. Después, el corazón le dio un vuelco porque de repente salió India de detrás de la casa, bañada y vestida, muy atareada regando la verbena del arriate con una jarrita de las muñecas, una gota a cada planta. India tenía también nueve años, y llevaba el pelo largo por la espalda y con una cinta azul. Laura se tocó el suyo, enredado sin remedio. Sus vestidos blancos (el de Laura en la maleta, doblado por su padre, y el que un hombre doblase algo de pronto la hizo morir de risa) seguían siendo idénticos. India llevaba de azul el entredós de la cintura y Laura lo llevaba blanco, pero tenían los mismos tres aritos entrelazados a punto de espina en los canesúes, y guardapelos dorados idénticos seguían golpeando contra el pecho de ambas.

—¡Se murió mi madre! —dijo Laura.

India se volvió a mirarla y dijo:

—¡Te fuiste!

Laura descendió un escalón.

—No íbamos a separarnos nunca —dijo India—. ¡Y te fuiste!

—Está bien. Te debo algo.

Laura se agachó y le puso un poco de hierba en el zapato.

—Ahora debes regar —dijo India, y añadió, mirando dentro de su jarra—: Aquí tienes una gota de agua.

De repente, de debajo de las pacanas salió corriendo Maureen, la prima que estaba mal de la cabeza, aunque no era culpa suya. Además de sus propios vestidos, le

daban todos los de India que quería y sus cintas, e India decía que los tendría hasta que se muriese. Nunca había hablado claro; cada palabra la convertía en dos y le metía siempre una ele. Vino corriendo, se plantó frente a Laura y se esparrancó al pie de los escalones. Después bailó balanceándose con los brazos extendidos y cantando: «¡Pli-ma Lau-la no-pue len-tlall!». También tenía nueve años.

Roy y Little Battle llegaron corriendo muy solícitos como si nunca hubiesen impedido a Laura columpiarse con ellos, sin admitirlo en absoluto. Orrin, alto como un hombre, llegó del *bayou* con un pez vivo revolviéndose al final de una cuerda, y lo hizo ondear para que lo viese el pequeño Ranny, que en ese momento salía de casa y bajó los escalones de pie sobre la trasera de su triciclo, como Ben Hur, con una toalla atada al cuello y flameando tras él. Dentro estaba sonando la campana para cenar, del modo en que la hacía sonar Roxie, como una insistencia contra la incredulidad. Laura, tratando de no ver el pez, y evitando la gotita de India y a Ranny y a Maureen, subió los escalones. Al llegar arriba, vomitó. Y allí esperó, como un perrillo.

Pero la tía Ellen, aunque siempre llegaba tarde, salía ya corriendo de la puerta de tela metálica con los brazos abiertos. Era la madre de todos ellos. Algo, su delantal, cayó a su espalda mientras se acercaba, tan sin aliento como cualquiera de sus hijos. Se arrodilló y abrazó con firmeza a Laura.

—Laura..., pobre, sin madre —dijo. Cuando Laura levantó la cabeza, la besó. Después envió a India a buscar un trapo bien empapado.

Laura puso la cabeza sobre el hombro de la tía Ellen, clavó los dientes en el grueso encaje irlandés del

cuello de su vestido de gasa blanca y aspiró aquella fragancia a guisantes de olor. Su tía la abrazó y le tocó la frente, la firme cabeza muy cerca de la suya, con el suave pelo suelto y el porte erguido en una alarma bondadosa y explícita, pero insondable. Con la cara fresca, Laura pudo ver cada vez con mayor claridad, aunque ya estaba casi oscuro, la peineta de borde perlado que tan azarosamente sujetaba las hebras del oscuro pelo de su tía Ellen. Ésta la soltó: de haber podido, Laura le hubiese acariciado el pelo y hecho la raya con los dedos, y le habría dicho:

—¡Tía Ellen, tú no te preocupes!

Pero, por supuesto, fue incapaz.

Se levantó de un salto, entró corriendo detrás de Orrin y llegó a la mesa antes que India.

—¿Dónde está el tío George? —preguntó Laura mirando a partir del tío Battle a todos los reunidos en torno a la gran mesa. Dado que había venido ella, esperaba verlos a todos allí; pero el tío George y su mujer, la tía Robbie, no vendrían de Memphis hasta mañana; la tía Tempe y su marido, el tío Pinck Summers, y la pequeña de su hija Mary Denis, Lady Clare Buchanan, no pensaban salir de Inverness hasta que Mary Denis tuviera su niño; y las dos tías del Grove, la tía Primrose y la tía Jim Allen, no habían subido a cenar esa noche. Estaban sólo los hijos del tío Battle y la tía Ellen; aparte, por supuesto, de las dos tías abuelas, la tía abuela Shannon y la tía abuela Mac, y la prima Maureen, que vivía allí con ellos, y sólo una visita, la mejor amiga de Dabney, Mary Lamar Mackey, de la plantación de Lookback; era ella la que tocaba el piano.

—¡Mosquito! ¡El siguiente! —dijo sonoramente el tío Battle clavando la mirada en Laura, que le pasó su plato. El tío Battle, hermano de su madre, con esa frente arrugada y aquellas botas de plantador crujiendo bajo la mesa cuando se ponía de pie para cortar los pavos, era tan tremendo que siempre llamaba a los niños «Mosquito». Llevaba el espeso pelo rubio sobre su frente abombada, peinado con agua antes de venir a la mesa, exactamente igual que Orrin, Roy, Little Battle y Ranny. Mientras su mirada vagaba sobre ellos, Laura recordó que había quitado a todos los niños que ahora estaban a la mesa de ser zurdos. Esperaba siempre llegar a ver al tío Battle, el Tragafuegos, coger algún fuego y comérselo, y pensaba que sería cualquier noche durante la cena.

—¡Cómo le hubiera gustado este plato a Annie Laurie! —decía precisamente ahora el tío Battle sirviendo a Laura—. ¡Pechuga, molleja y alón! Dame tu plato, muchacho.

Incluso cortando los pavos a la cabecera de su mesa era un hombre lleno de ímpetu, misterioso y muy reidor para haber tenido tantos hijos y además tan seguidos, y podía exhibir un aire tierno e irresponsable, como si estuviese diciendo a las señoras y a las niñas: «¡Miradme! ¿Qué puedo hacer? ¡En esto consiste!», y se refería a la vida, aunque también podía hablar de la muerte y de la ausencia de una persona del modo más natural. Tenía la costumbre de salir de casa a toda velocidad a cualquier hora del día o de la noche, antes en una calesa y ahora en coche. Los automóviles habían llegado en el preciso momento en que el tío Battle se había puesto demasiado pesado para montar a caballo. Salía en coche a inspeccionar el trabajo o a solucionar algún «problema»,

y a veces el «problema» sobrevenía de noche. Cuando los negros que iban a Greenwood se peleaban, era bien sabido que hacía falta el tío Battle para protegerlos del sheriff o hacer que el culpable saliera y se entregara.

—¡Ahora cómetelo todo! —le gritó el tío Battle a Laura mientras le acercaba el plato. Pero era una broma; era su manera de decirle que le diese a él la molleja. Se dio cuenta porque era a su madre a quien le gustaba y ella era incapaz de soportar aquella parte del pavo, pero no se atrevió a decirle lo que sabía.

—¿Dónde está Dabney? —preguntó, porque era de Dabney de quien habían estado hablando desde que se sentaron a la mesa y su sitio junto a su padre estaba vacío.

—Bajaré enseguida —dijo la tía Ellen—. Ya sabes que va a casarse.

—¿Esta noche?

—¡Oh! —gruñó el tío Battle—. ¡Oh, oh! —siempre gruñía tres veces.

—¿Dónde está su marido? —preguntó Laura.

—Ahora no, Battle —dijo ansiosa la tía Ellen—. Naturalmente, Laura quiere saber cuándo se va a casar Dabney con Troy. No será hasta el sábado, cariño.

—Sólo estamos a lunes —dijo Laura a su tío, consolándolo.

—Papá está realmente orgulloso de Dabney, por mucho que gruña, porque va a esperar a que esté recogido el algodón —dijo Shelley. Estaba sentada junto a Laura, y la miró tan seria que la cinta negra de *gros-grain* que llevaba pareció clavársele en la frente.

—¿De veras lo estoy? —dijo Battle—. A ver si cuando acabes ayudas a tu madre a servir los melocotones en conserva.

Cuando Laura miró su plato, la molleja había desaparecido. Estuvo a punto de ponerse de pie de un salto; le dieron ganas de gritar al pensar en lo que le había ocurrido. Al pronto temió haberse comido aquel bocado sin darse cuenta, pero después vio a la tía abuela Shannon comiendo calmosamente la molleja a su otro lado. La había robado la tía abuela Shannon, que trababa conversación con el tío Denis, la tía Rowena y el tío abuelo George, muertos hacía muchísimo tiempo, y creía que estaban a la mesa con ella. Pero ahora, tras tomar un bocado, la molleja y una o dos galletas —«¡como un pájaro!», decían—, se fue arriba, a la cama, acompañada por Orrin, sin decir palabra. La tía abuela Mac la siguió con la vista; la tía abuela Mac no estaba muerta ni mucho menos.

—¡No te da vergüenza! —chilló a su espalda—. ¡Matarte de hambre!

Los chicos se miraron y no pudieron por menos de sonreír. Eran cuatro, de todas las edades —Orrin, mayor que Laura; Roy, Little Battle y Ranny, más pequeños—, y estaban constantemente buscándose con la mirada, incluso en la mesa, y sólo contaban con las chicas como auditorio cuando no tenían otro. Andaban siempre corriendo, persiguiéndose, huyendo, dándose golpes, y sólo la comida y el nudo de la servilleta lograban mantenerlos en sus asientos. Todos sus bombachos, y el pelele de Ranny, tenían cada noche nuevos agujeros para la tía Ellen en ambas rodillas. Comieron pavo hasta chuparse los dedos y exclamaron: «¡Uf!». Estaban tan llenos de energía que una vez, cuando Laura vio en la pared un

viejo mapa con los cuatro vientos en las esquinas, de ojos maliciosos y mejillas hinchadas, soplando a los barcos y los delfines en torno a Escocia, preguntó a su madre si eran los hermanos de India. Los quería mucho. Era extraño que fuese India quien tuviera que ser la prima favorita de Laura, pues hubiese dado cualquier cosa porque sus primos la dejaran quererlos más. Por supuesto esperaba que huyesen de su lado como pájaros y fueran a posarse en el columpio, como habían hecho a su llegada, y que la echasen a empujones cuando se subía con ellos. Eso no cambiaba las cosas.

Los muchachos eran simplemente como todos los Fairchild, pero eran ellos y los hombres los que definían siempre a aquella familia. Todas las chicas lo sabían. Cuando miraba a los chicos y a los hombres, a Laura le faltaban las palabras, pero veía en ellos como un sueño que vuelve una y otra vez, con todos sus detalles familiares y anhelando no ser olvidado. El tío bisabuelo George a caballo, el del retrato del salón —al que habían asesinado unos ladrones en el camino de Natchez y enterrado con caballo, bridas y todo, cuando iba camino del territorio aún no colonizado para estar cerca del tatarabuelo—, incluso él, había aprendido Laura a fuerza de mirarlo, tenía el rasgo familiar de la sonrisa rápida que levanta el ánimo, la comprensión instantánea del más pequeño remolino de vida presente en el transcurso del día, que iría sin duda a incorporarse a una especie de placer temerario. Era un placer que los jóvenes copiaban de los mayores y los mayores conservaban siempre. Tanto unos como otros contemplaban con ojos encendidos el menor alboroto, en espera del deleite que pudiese traer para ellos y para uno mismo. Sólo la desilusión les chocaba.

Pero chicos y hombres, niñas y mujeres, todos, mayores y pequeños de la familia del Delta —e incluso los vivos y los muertos, para la tía Shannon— eran iguales, no había la menor diferencia entre ellos. Laura se sentaba siempre a su lado con los ojos muy abiertos, porque en cualquier momento podía dejar traslucir su ignorancia, y en cualquier momento también aprender lo menos pensado.

Todos los Fairchild del Delta parecían iguales. En aquel momento, Little Battle, que se echaba el pelo detrás de las orejas antes de atacar un nuevo muslo, era exactamente como Dabney, ahora pensativa en su ventana. Tenían todos una ligereza —aunque eran gente alta y sólida, con «piernas escocesas»—, una destreza que era en realidad un estar siempre dispuesto a pasarlo bien y a ponerse en camino, una locura que tenía el encanto de estar libre de cargas. Laura notaba esa cualidad, ese modo de ser, en lo portentosos que eran para ella. Porque Laura los encontraba a todos portentosos, excepto a la tía Ellen, que sólo estaba en la familia por matrimonio; al tío George más que al tío Battle, por alguna razón, y a Dabney más que a Shelley.

Sin una belleza esencial, con sólo la blancura (en realidad, finura de piel) y la naturalidad de movimientos, tenían un recato y una tristeza en la mirada que resultaban ser medio burlones, porque sus primos eran sensacionales y ellos lo sabían. (¿Por qué no venía esta noche el tío George, el más querido? ¿Por qué no estaba Dabney, la novia, a tiempo para la cena?) Las cosas esperaban a que apareciesen ellos, riendo entre sí y asombrados, para ocurrir. Siempre estaban, por suerte o intuición, abriendo puertas, descubriendo cosas, cosas pequeñas

o queridas, atropellándose escaleras abajo para recibir a alguien, listos a partir por motivos vagos y espontáneos. Aunque todo venía a Shellmound para ellos. A todas las muchachas les daban serenatas en verano, aunque Shelley había dicho el anterior que le daba pena por Dabney escuchar de aquel modo. Nunca estaban demasiado ocupados para algo; pertenecían generosa y casi seriamente al momento: el pasado (incluso la llegada de Laura era ya pasado) era un asunto privado y aburrido que sólo las tías recordaban.

Laura había oído decir toda la vida que «no parecían cambiar nunca». Era el modo en que su madre, que había estado alejada de ellos allá en Jackson, donde hubieran resultado increíbles, podía alardear de su familia sin que se notase. Y, sin embargo, Laura veía que cambiaban a cada momento. No por fuera, pero sí por dentro; una vida iridiscente se atareaba dentro y debajo de cada parecido. Corrió por la mesa una risa de algo, y a Laura le vino a la cabeza la imagen de una gran jaula llena de pájaros tropicales que su padre le había mostrado en un zoo; el averío en movimiento era como un arco iris, pero fue la cosa en sí lo que le rompió el corazón, porque las aves que revoloteaban estaban siempre enjauladas y no podían volar libres. Los movimientos de los Fairchild eran rápidos e instantáneos, y eso le hacía a uno preguntarse: ¿son libres? Laura estaba segura de que había algo forzado en todo aquello. Revoloteando frente a las cosas malas que ocurrían, te besaban de pronto en un arrebató de ternura. Tal vez su deleite fuese parte de su belleza, su llama como si dijésemos, y su besarte, no sólo a ti sino a todos los que estaban en la habitación, una especie de espectáculo, algo externo. Pero cuando te miraban con sus

ojos claros, cuando te escogían en una habitación para mirarte, esperando que dijese algo, que pidieras el más pequeño favor, de cualquiera de ellos que eligieses, y así te comprometieras para siempre, no podías volver a dudar de ellos, confiabas en ellos, en que nada los preocupaba por dentro, porque los adorabas y sólo querías estar allí con ellos, poder correr hacia ellos. Son todos tan encantadores como Ranny, pensó Laura —todos encantadores, hasta Ranny—, Ranny, que tenía cuatro años y era el más pequeño y a quien Laura podía ver ahora a un extremo de la mesa, dormido angelicalmente en su silla empuñando un hueso.

Estaba ya Roxie a punto de quitar la mesa cuando entró Dabney despacio y como distraída, vestida de azul, secándose las lágrimas y murmurando a su madre al pasar:

—Oh, mamá, esto ha sido sólo que mi cerebro no funciona. ¿Por qué criasteis a los hijos que tenían mal el cerebro?

—Debería haberte ahogado de pequeña —dijo el tío Battle, con su manera extravagante de hablar—. Siéntate; te he guardado una espoleta y un corazón, aparte de lo que queda de las sobras.

—Mete algo más de bizcocho en el horno, Roxie —dijo Ellen—. Creo que también será mejor que traigas a la señorita Dabney algo de jamón; queda tan poco pavo del que a ella le gusta...

—Dilo otra vez, mamá —dijo Ranny abriendo los ojos. Después sonrió a Dabney.

—¿Por qué llorabas? ¿Qué preocupación vienes a contarle a tu padre? —preguntó Battle.

Sosteniendo el plato para que su padre la sirviese (estaba sentada junto a él, a su derecha), Dabney sonreía

también, y aguardaba. Qué preciosa estaba, toda encendida y siendo consciente de ello. Ahora le tomarían el pelo. Laura, hija única, descubrió que eran las bromas lo que siempre olvidaba de los primos del Delta de un verano para otro. El tío Battle era capaz de poner el corazón en el plato de Dabney sabiendo que ella no soportaba verlo; aunque sabría qué hacer. ¿Era posible que fuese por lo mucho que se querían por lo que se tendían continuamente pequeñas trampas? Contemplaban con ojos brillantes a su prima, y su desbordante cariño, como si no fuese más que diablura, se hacía arrojo y genialidad o se empequeñecía en forma de broma, aunque nunca, hasta entonces, había sido expreso. Nunca le habían dicho que la querían.

Laura suspiró.

—¿Dónde están la tía Primrose y la tía Jim Allen?

—¿Por qué no preguntas por los que están aquí?

—dijo India.

—Dijeron que primero tenía que ir yo a verlas y decirselo —explicó Dabney, empezando a comer con todas las ganas—. Son más quisquillosas...

—También yo lo soy —dijo el tío Battle.

—¡Oh, Laura! —exclamó Dabney, encantada—. ¡No sabía que estabas aquí!

Voló alrededor de la mesa y la besó.

—He venido a tu boda —dijo Laura, lanzando complacidas miradas de soslayo a su alrededor.

—Laura, tú quieres que me case con Troy, ¿verdad? Te parece bien, ¿no?

—Sí —dijo Laura—. ¡Me parece bien, Dabney!

—¡Vas a estar en mi boda! ¡Serás de las que llevan las flores!

—No puedo —dijo Laura, desolada—. Se murió mi madre.

—Oh —exclamó Dabney, como si Laura la hubiese abofeteado, y se apartó corriendo de ella, volvió a su sitio y escondió la cara—. Es tan duro, es todo tan duro...

—Aquí tiene su jamoncito, señorita Dab —dijo Roxie, entrando—. Que le aproveche.

—¡Oh, Roxie, tú también! Nadie quiere creer que no puedo tragar bocado hasta el sábado. Es inútil seguir intentándolo.

—Entonces puedes traer el helado y la tarta —dijo la tía Ellen—. Es la favorita de Georgie. ¡Ojalá pudiese venir un día antes!

Siguieron sentados suspirando, comiendo tarta, bebiendo café. El zumbido de la prensa no se había detenido ni un momento, y Laura pudo sentirlo ahora en el asa de su taza, en aquella silenciosa vibración que había en la mejor porcelana, que estaba dentro de ella.